

TALANDO EL ÁRBOL GENEALÓGICO*

ALASTAIR NIVEN

EN UNA REUNIÓN DE ESCRITORES MEXICANOS e internacionales tan importante como ésta se necesita tener valor para que un simple crítico y funcionario administrativo de la literatura diga algo. No se me ha olvidado que D. H. Lawrence, quien conocía muy bien esta parte del mundo, dijo que la crítica era el “lodo” de la literatura. Me aterra pensar cómo habría calificado él al *Arts Council* de Gran Bretaña —que se fundó sólo dieciséis años después de su muerte— o a gente como yo que trabaja para éste. Sospecho que de “fango” primitivo.

Hace menos de un año que soy director de literatura del Arts Council, pero creo que ya está empezando a surgir lo que esperaba establecer. Mi predecesor, que duró veinte años en este puesto y era de origen australiano, no estaba especialmente interesado en las nuevas literaturas en inglés que aparecieron durante el periodo en que ejerció su cargo. Incluso cuando yo era estudiante de posgrado en la universidad de Ghana, a fines de los sesenta, esas literaturas eran mi preocupación profesional más importante. Un evento como éste hubiera sido poco probable hace veinte años. Es cierto que cuando le digo a la gente que me intereso en la literatura africana todavía a veces me preguntan “¿Existe alguna?” Siquiera ahora puedo recordarles que Wole Soyinka obtuvo el premio Nobel —con menos que eso la literatura africana no habría podido obtener el reconocimiento general de los lectores occidentales. Sin embargo, es un extraño fruto del colonialismo lo que ha permitido que el legado de un fabricante de armas sueco —que hizo su dinero apuntalando la conquista imperial— sirva

* Conferencia dictada durante el encuentro “Conflicto cultural y literatura” realizado en la ciudad de México del 30 de mayo al 1 de junio de 1988.

para consolidar internacionalmente el estatus de la escritura africana negra.

No se trata de que la ratificación de los críticos occidentales deba ser siempre el todo y el fin de la reputación literaria. A decir verdad, con pocas excepciones, los críticos de Gran Bretaña permanecen indiferentes ante los logros de los escritores fuera de su propio país o quizás de Estados Unidos. Si logro tener éxito en una sola cosa dentro del Arts Council espero que sea el contribuir a cambiar esta percepción —y cambiarla de manera tal que tomen nota de ella nuestros comités de examen, tan particularmente provincianos, y que son los responsables de escoger los textos que se estudian en las escuelas y universidades. Tengo frente a mí una ardua tarea. En Inglaterra, por ejemplo, se acaba de publicar un informe importante acerca de la enseñanza del inglés, el cual es muy escéptico acerca del valor de que los estudiantes se interesen en las formas no estándar del inglés.

Sin embargo, ¿qué significa un inglés “estándar”? A veces se le llama “el inglés de la Reina”. Pero seguramente Su Majestad no desea ser considerada como un árbitro de la lengua inglesa. Otra gente lo llama “el inglés BBC”, pero ¿acaso la BBC no se ha pasado los últimos veinte años tratando de escapar de un sentido de sí misma monofonológico y metropolitano? El inglés, por supuesto, no es más que otro dialecto del inglés que en el siglo XVIII fue asumido por las clases educadas del sur de Inglaterra, fue puesto en forma de diccionario por el gran lexicógrafo Samuel Johnson y fue inculcado en generaciones de estudiantes de instituciones educativas elitistas. El inglés se transformó así en un instrumento de gobierno, un medio a través del cual uno declaraba su conformidad social y cultural; sin embargo, nunca logró eliminar todas las alternativas regionales. Para la misma época en que Johnson estaba compilando su gran libro de reglas para el uso de la lengua inglesa, Robert Burns conducía a su máximo florecimiento una alternativa escocesa. El dominio que alcanzó en el siglo XIX el texto impreso sobre la creatividad oral quizás haya dado una idea falsa de cuán profundamente se había arraigado la forma metropolitana del inglés. Nosotros consideramos a nuestros grandes novelistas del pasado siglo, de Jane Austen en ade-

lante, y a los poetas, desde los románticos hasta los últimos victorianos, como la personificación de la literatura inglesa, pero deberíamos recordar que también fue un periodo de recolección de historias folklóricas, baladas tradicionales e himnos antiguos. La literatura hablada de la gente se filtró en las obras de aquellos a los que consideramos como los autores clásicos del siglo XIX: ¿dónde quedarían Woodsworth, Dickens o Tennysson sin ese sentido de la cultura popular? ¿Acaso algunos de los más grandes novelistas de la época no usaron intensamente los dialectos: Scott; las Brontes, otra vez Dickens, George Eliot, Hardy?

Actualmente en Inglaterra se ha vuelto respetable que la personalidad regional se vuelva a expresar. Tenemos escritores de Liverpool, Glasgow, Newcastle y Bristol con voces locales reconocibles. Ha habido un resurgimiento de la escritura galesa y gaélica. Mi argumento es que cuando hablamos de la relación entre las literaturas coloniales y poscoloniales deberíamos empezar por casa. El lenguaje es un gran colonizador, pero también es un excelente creador de movimientos de resistencia. En la Inglaterra actual, uno de los tipos más afirmativos de escritura proviene de la comunidad negra. Poetas como James Berry, John Agard y Grace Nichols, escritores de teatro como Mustapha Matura, Hanif Kureishi y Caryl Phillips, novelistas como Roy Heath, Buchi Emecheta y Salman Rushdie están no sólo desafiando muchas actitudes culturales sino encontrando formas precisas para hacerlo. También existe un profundo interés en nuestro pasado colonial. Salman Rushdie ha descrito esto como “el imperio contraataca”, e incluso podría haber un tinte enfermizo de nostalgia colonial en el entusiasmo público por el *Raj Quartet* de Paul Scott (televisado como *The Jewel in the Crown*) y por películas como *A Passage to India* y *White Mischief*. Pero ese mismo sentimiento ha producido *An Insular Possession* de Timothy Mo, *The Enigma of Arrival* de V. S. Naipul y *The Romans in Britain* de Howard Brenton, las principales obras creativas que exploran el fenómeno del imperialismo.

No necesito recordarles que la lengua inglesa es en sí misma una síntesis de muchas fuentes culturales. Los pedagogos que tratan de revivir actualmente en Inglaterra la noción irrele-

vante de que hay una sola forma correcta del inglés deberían reflexionar acerca de las capas de latín, anglosajón, nórdico, franconormando, italiano, punjabi y de otras influencias que se le han introducido. Este proceso no puede volverse de pronto estático. El lenguaje actúa como una ameba, que constantemente se divide y autorregenera. Su historia está llena de ironías. Hoy en día en Inglaterra, como sucede en Canadá y quizás en México, es un lugar común quejarse de la dominación cultural progresiva de Estados Unidos. Si por esto entendemos establecer barreras defensivas contra los misiles de largo alcance del expansionismo norteamericano, contra las hamburguesas y la Coca Cola, por favor cuéntenme como líder de una guerrilla de resistencia, pero si lo que tememos es una toma de “nuestro” inglés por una insidiosa corrupción norteamericana del lenguaje, entonces no estoy tan seguro. A un país que impuso su lengua en tantas partes del mundo no le queda bien ofenderse por las modestas variantes que ahora se nos devuelven. Aún más, el vocabulario que mucha gente deplora en Inglaterra como una intrusión del argot norteamericano es simplemente una reimportación. Lean las comedias de Ben Jonson o cualquier obra de Shakespeare y verán que están llenas de palabras como “doll”, “kid”, “punk”, “moll” y “crazy” a las que consideramos como importaciones norteamericanas. A decir verdad, el vocabulario y la pronunciación del inglés se han desarrollado en cierto sentido menos en Norteamérica, a partir de su ascendencia isabelina, de lo que se han desarrollado en Inglaterra. La historia lingüística colonial está llena de rarezas de cronología. Un caso extremo llamó la atención general a comienzos de los sesenta, cuando fueron evacuados temporalmente a Inglaterra los habitantes de la isla de Tristán da Cunha, en el Atlántico, luego de la erupción de su volcán. Se encontró que hablaban un inglés cockney (Londres) puro, porque casi no habían tenido influencias exteriores que los afectaran. Hoy en día los giros del habla australiana tienen mucho en común con el habla de las prisiones londinenses a comienzos del siglo XIX. En la India, donde el inglés nunca se arraigó totalmente como una lengua creativa —aunque durante más de 150 años ha sido el lenguaje de la burocracia y de la educación secundaria— todavía se escu-

chan modos de expresión o se leen estilos de verso que serían ridiculizados como obsoletos si se utilizaran hoy en Inglaterra; en Nigeria y Papúa, Nueva Guinea, en el Caribe y Nueva Zelanda, se han desarrollado formas del inglés —los usos del lenguaje llamados “pidgin” o “creole”— que alguna vez existieron como un medio de comunicación señor-sirviente, pero que han sobrevivido con vitalidad propia.

Lo que hemos presenciado en los últimos cuarenta años es un asombroso brote de la lengua inglesa, que sólo ha sido posible porque la lengua misma surgió de tantos orígenes diferentes. Además, a pesar del doctor Johnson, los ingleses nunca han sido particularmente puristas respecto de su lengua. Nosotros no hicimos intentos serios por regularizarlo, a la manera en que la Academia francesa estandarizó el francés. Quizás a Samuel Johnson le habría gustado hacerlo. Para él era deplorable lo que consideraba la vulgaridad de ciertos giros shakespearianos; en este siglo, lord Reitt, uno de los fundadores de la BBC, y actualmente Margaret Thatcher han predicado las virtudes de la cultura centralizada. Pero hacer eso es una forma de filisteísmo cultural y significa mostrar ignorancia de la historia. Es mucho más probable que la unidad nazca de la diversidad que de una hegemonía impuesta.

Durante cerca de diez años he dirigido una publicación académica que se titula *The Journal of Commonwealth Literature*. En cierta medida, el título es un nombre inapropiado porque también consideramos literaturas en inglés a las provenientes de países que no pertenecen al Commonwealth, como Sudáfrica, por ejemplo. Más que cualquier otro autor, Nadine Gordimer ha sido el objeto de numerosos artículos que se presentan a nuestra consideración, excepción hecha de V. S. Naipul y, en la cresta de la ola, Wole Soyinka. Ni siquiera nos limitamos a literaturas de países que alguna vez formaron parte del Commonwealth, como lo fue Sudáfrica hasta 1961. El año que viene, por ejemplo, publicaremos un simposio de piezas sobre Murrudin Farah, que es de Somalia. Hago mención de *The Journal of Commonwealth Literature* porque éste siempre ha sentido la obligación de discutir escritores tanto del pasado como del presente. Las nuevas literaturas en inglés no son realmente más nuevas que Nueva Zelanda, Nueva York

o el Nuevo Mundo. Las literaturas africanas e indias en inglés se remontan a los años 1780, al mismo tiempo que los pioneros estaban dejando Inglaterra para establecerse en Australia y Canadá. Sus predecesores ya se habían asentado en Estados Unidos y Sudáfrica más de cien años antes. Pongo de relieve la antigüedad de estas comunidades, las cuales se expresaron a través de la escritura desde el momento de su contacto con la lengua inglesa o de su establecimiento en una nueva parte del mundo, porque ello ayuda a explicar la diversidad de las literaturas que produjeron. Las experiencias históricas que yacen tras las nuevas literaturas en inglés difieren mucho entre sí. Consideramos algunos de los contrastes más obvios. Comencemos con los caribeños. Naipul se ha referido a toda la gente de las Indias occidentales como “naúfragos” —conducidos por la esclavitud del trabajo por contrato a islas que no escogieron y obligados allí a abandonar sus lenguas maternas. En diferentes dialectos del Caribe sobreviven vestigios de lenguas del África occidental, y todavía pueden existir remanentes de vocabulario caribe o arawako. Sin embargo, la realidad histórica básica es que la gente de esas islas tuvo que usar el inglés (o el francés). Como consecuencia, se vieron obligados a forjar sus propias versiones de éste. Existen usos del inglés claramente jamaquinos, trinitarios o de Santa Lucía, con modificaciones posteriores introducidas por gente de esas comunidades que se había establecido en Inglaterra. La poesía de Edward Kamah Brathwaite, Derek Walcott, John Agard, Linton Kwesi Johnson, Louise Bennett, David Dabydeen, o la prosa de Samuel Selvon, Earl Lovelace o Mustapha Matura, pueden llegar a ser casi irreconocibles para alguien que sólo conozca el inglés metropolitano.

Los escritores africanos e indios no han tenido que enfrentar la misma tiranía lingüística que sus hermanos caribeños. Rara vez se les negó el uso de su propia lengua vernácula, aun cuando otros factores hayan podido conducirlos a no utilizarla. Muchos africanos, por ejemplo, provienen de grupos lingüísticos bastante pequeños. La rentabilidad del negocio editorial hace poco probable que tales lenguas den origen a vigorosas literaturas impresas, aun cuando sus tradiciones orales pudieran ser muy fuertes. En la India, los grupos lingüísticos tien-

den a ser mucho más grandes —aunque también África tenga muchas lenguas habladas por millones de personas— y en gran parte de este siglo ha habido un florecimiento de la industria editorial. Los escritores indios tienen pocas presiones económicas o poblacionales para que escriban en inglés y, por lo tanto, alguna gente podría considerar incluso a los autores indios más relevantes —como R. K. Narayan, Mulk Raj Anand, Raja Rao, Nissin Ezekiel, Anita Desai o Kamala Markandaya— de importancia marginal.

En este momento no tengo la oportunidad de defender a aquellos escritores de África o India que utilizan el inglés. De todas maneras, Soyinka ya lo hizo en forma definitiva. Estoy nada más señalando las diferentes circunstancias históricas que se encuentran tras los escritores poscoloniales de la actualidad. Sin embargo, sería un error dejar estas áreas sin recordar que cualquiera que sea el lenguaje que escoja el escritor africano o indio, él o ella estarán sujetos a un debate feroz. El caso más atrevido de abandono del inglés en África ha sido el planteado por el escritor Ngugi Wa Thiong'o, pero sus explicaciones de por qué ha dejado de escribir en inglés ¡son siempre en inglés! Recuerdo que hace cuatro años, en Londres, durante una conferencia sobre literatura africana, Ngugi planteó sus puntos de vista y defendió su decisión de escribir en kikuyo o suahili. El escritor sudafricano Lewis Nkosi se levantó para pedirle más explicaciones a Ngugi, pero su larga y sofisticada pregunta la formuló en zulú. La cuestión de la necesidad que existe a veces de comunicarse en un lenguaje internacional no podría haber quedado demostrada de manera más patente, puesto que nadie en el salón, y menos que nadie Ngugi, comprendió una palabra de lo que dijo Nkosi.

Todo esto apunta más que nada hacia la necesidad fundamental de más traducciones. Vivimos en un mundo donde el inglés, seguido por el francés, el español, el ruso y el chino, han llegado a dominar hasta tal punto el intercambio político y financiero internacional que prevalece un descuido peligroso de las lenguas minoritarias. Pienso que cada vez estamos más conscientes de este hecho y por lo tanto no soy demasiado pesimista. Pero el caso del galés quizás pueda hablar en nombre de los problemas que enfrentan todas las lenguas del mundo,

salvo las dominantes. Hay un poco más de medio millón de hablantes nativos del galés. En los últimos años sus esfuerzos por preservar su lengua se han visto fortalecidos por la creación de un canal de televisión en lengua galesa, por la enseñanza obligatoria del galés en las escuelas y por la inyección de subsidios públicos a las ediciones galesas. Todo parecía preparado para una exitosa operación de rescate del galés, a pesar de la proximidad de Inglaterra (Londres está a sólo dos horas en tren desde Cardiff) y de la cultura inglesa “pop”. Una realidad económica brutal puede hacer las cosas diferentes. En la actualidad, 50 000 personas por año dejan Gales, muchas de las cuales son hablantes de galés. El equilibrio poblacional no se ve severamente perturbado, porque anualmente llegan a Gales cerca de 40 000 personas, pero éstas no hablan galés. Los 50 000 que se van están buscando empleo en otras partes y se llevan su lengua con ellos. A pesar del ejemplo de las comunidades de habla galesa en la Patagonia y Canadá, es irreal suponer que la lengua galesa pueda florecer largo rato mientras los hijos de esas familias vivan en Londres o en otra parte.

No obstante, las minorías prosperan de otra manera. He hablado de los nuevos escritores negros ingleses. Debemos también reflexionar acerca de la contribución a la escritura australiana actual de autores que descienden de griegos como Timoshenko Aslanides o Antigone Kefala; de cuán importantes para la literatura moderna canadiense son Joy Kogawa, Michael Ondaatje, Neal Bissoondath, Austin Clarke y Mordecai Richler, todos ellos de orígenes minoritarios, y de la imposibilidad de seguir preservando esa grotesca y panfletaria herejía colonial existente en Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica, según la cual los escritores o escritoras indígenas no dicen nada que valga la pena oír. Cada uno de ellos tiene tras de sí una larga tradición de *orature*, sea aborigen, maorí, zulú o lo que sea. A través de la escritura de Kate Walker, Jack Davies o Colin Johnson en Australia; Keri Hulme, Witi Ihimaera o Patricia Grace en Nueva Zelanda; Mizise Kunene, Mongane Serote o Maishe Maponya en Sudáfrica, entre muchos otros, las voces de esta gente han comenzado a escucharse. Si los oímos en Inglaterra o México, qué bueno, pero lo más importante de todo es que sean oídos en su pro-

pia tierra, dando esperanza y planteando un desafío a gente acostumbrada durante mucho tiempo a la subyugación. Si éste es el año del bicentenario de Australia también es el año del duelo aborígen. Si ésta es una década en la que Nueva Zelanda ha empezado a ser reconocida como una economía mundial, es también el periodo en que los maoríes están exigiendo la derogación de un tratado que les negaba derechos sobre la tierra. Por encima de todo, si ésta es la época del *apartheid* es también el tiempo en el cual ya no se pueden aplacar más las exigencias de privilegios humanos fundamentales.

Titulé esta charla "Talando el árbol genealógico". La lengua inglesa alguna vez pudo asemejarse a un árbol con muchas ramas. Es muy probable que ahora las ramas se hayan vuelto demasiado pesadas para el tronco. En cualquier política inteligente de reforestación, los árboles viejos eventualmente se eliminan para que se arraiguen los nuevos brotes. Si llevo demasiado lejos mi metáfora, ésta también se derrumbará bajo su peso. Mi punto principal seguramente es muy claro. Actualmente hay muchos bosques que crecen en diversos rincones del mundo. No están particularmente relacionados entre sí, pero tampoco rivalizan.

Regresando al título de la publicación que dirijo, *The Journal of Commonwealth Literature*, me gusta pensar esta palabra "Commonwealth" menos en un sentido político que como una expresión de esa *common wealth* (riqueza en común) que todos compartimos por el simple hecho de que podemos leer y disfrutar la lengua inglesa, cualquiera que sea la forma que ésta tome. Tal como escribió Grace Nichols, una poetisa guyanesa que vive actualmente en Inglaterra:

Crucé un océano.
Perdí mi lengua,
de la raíz de la vieja
una nueva ha brotado.

Traducción del inglés:
MARIELA ÁLVAREZ